

CÓMO DELINQUEN LOS VIEJOS



PÚSOSE en movimiento el ascensor, lenta, suavemente, y ante la mirada del recién llegado comenzaron á pasar los tramos como en visión cinematográfica. Por un efecto de óptica sobrado conocido, no parecía que se movía el armatoste, sino que era el edificio el que se sepultaba en ignorados abismos. Apenas sí pudo el visitante distinguir en el primer rellano una gran mampara, en cuyo centro, y en un óvalo de cristal, leyó en luminosas letras de esmeril: *Zaldúa y Cantournet, Ingenieros*. Luego pasó un gran frente estucado, centrado por un sustentáculo de bronce y una tulipa ribeteada de azul; debajo, una placa de porcelana con letras versales: PRINCIPAL, y á ambos lados del descansillo dos puertas de roble. Otra vez maderos y hierros y, por fin, justamente al llegar el piso del ascensor al ras del tercer descansillo, el aparato paró en firme. Púsose el visitante en pie, empujó la portezuela del balconcillo y sonó un timbre durante los segundos que tardó en abandonar el sun-

tuoso camarín movible y en imprimir nuevo impulso á la barandilla, que produjo, al cerrarse de golpe, una estridencia seca y metálica.

Quedó el desconocido un momento indeciso; luego se encaminó resueltamente á la izquierda y oprimió un botón incrustado en la parte media de la lustrosa jamba. Volvió la cabeza y vió todavía en el hueco de la escalera la caperuza puntiaguda del lujoso armatoste, que descendía y se abismaba en silencio, con suavidad perezosa y lenta, pleno de la absoluta indiferencia de las cosas inertes.

Tiene toda puerta cerrada indecible misterio. Tras ella, alguien se aproxima á nosotros; sentimos sus pasos, conocemos que, de un instante á otro, se presentará á nuestra vista; pero ignoramos su sexo, su edad, su aspecto y medales. Esto la hace ya interesante. Lo que ignoramos, ha dicho un gran psicólogo, es amable porque es promesa. Por desdicha, el interés dura poco: lo que tarda en mostrársenos un ser casi siempre vulgar. ¿No es esta la historia de todas las curiosidades malsanas, y no es la clave del desencanto que sigue á las indagaciones de todo género? La verdad sólo tiene un dulzor: el de su trabajosa conquista.

Abrióse la puerta, y de la habitación surgió un tibio aroma de bienestar, un indefinible ambiente impregnado de evaporaciones sensuales y aromáticas, un levisimo olor á alfombras, cortinajes y tapicerías; junto al dintel apareció una figura austera.

Era la de un anciano de sesenta ó sesenta y cinco años, modestamente vestido de negro; hubiera podido ser confundido con un pulcro y atildado ayuda de cámara, á no ser por su barba blanca de nitidez maravillosa, sus manos aristocráticas, su militar tirilla de tersura impecable y su ademán y

porte señorial. El visitante, de seguro supuso que quien le recibía no era en manera alguna un servidor, y se apresuró á quitar de su perfumada cabeza el flamante y lustroso sombrero de copa.

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme—preguntó cortésmente—si habita aquí el señor Fuentemora?

Ni una palabra salió de los labios del anciano. Sonrió afablemente y, como si le fuera imposible expresarse de otra manera que por señas, hizo un afirmativo ademán, que sirvió de respuesta al recién llegado.

—¿Recibe á estas horas?—atrevióse éste á interrogar.

Nueva sonrisa y nuevo ademán de asentimiento.

—En tal caso, ruego á usted que se sirva dar orden para que le sea entregada esta tarjeta—continuó el visitante, ofreciendo al mudo y simpático anciano una cartulina.

Trazó éste un signo con la mano que, indudablemente, podía ser traducido: *Sigame usted*, y echó á andar por un largo pasillo alfombrado. Siguióle su interlocutor y penetró tras él en un despacho confortable, cuyas paredes mostrábanse adornadas con atributos de caza y armas de todo género. El anciano le designó un diván, hizo una reverencia ceremoniosa y salió por una puerta frontera que daba acceso, sin duda alguna, á las habitaciones de Fuentemora.

Dos minutos bastaron al recién llegado para inspeccionar la habitación. El mueblaje, de roble, era de más que discreto gusto; las paredes, como se ha dicho, mostraban trofeos cinegéticos; un armario con puertas de cristalería encerraba unos cuantos libros de preciosa encuadernación, immaculados, como si al solaz de su dueño bastase la

contemplación de sus lomos dorados á fuego. En la tabla inferior, por sorprendente y extraño contraste, se alineaban muy usados gruesos volúmenes de matemáticas, de táctica militar y enseñanza de idiomas.

Oyéronse de pronto pasos precipitados, se abrió una cortina y, risueño, jovial, con los brazos abiertos, presentóse el dueño de la vivienda.

Era Fuentemora hombre de complexión robusta y temperamento nervioso-sanguíneo. A primera vista, se adivinaba en él á un hombre de violento carácter y de indomables energías. Sin embargo, en sus labios aparecía la más franca sonrisa y sus ojos destellaban extraordinario júbilo. Adelantóse hacia el recién llegado, y con acento de franca alegría exclamó:

—¡Joaquín!

## II

Abrazó vigorosamente al forastero y éste le devolvió tan señalada muestra de afecto. Sin dudas unía antigua y estrecha amistad. Repitiéronse los abrazos y las palmadas en la espalda, especie de aldabonazos fraternales con que solemos llamar al corazón de aquellos á quienes juzgábamos perdidos. Contempláronse los dos hombres repetidas veces, y una exclamación ingenua y sentida salió de los labios de Joaquín:

—¡Qué viejo estás, amigo mío!

—Pues ¿y tú?

No eran muy viejos. Rondaban ambos la cin-

cuentena; pero su aspecto contrastaba, sin duda, con el que tenían al separarse diez años antes, cuando, en el esplendor de la vida, saboreaban todas las dulcedumbres de la plena virilidad. Al verse, les asaltaba esa amargura desencantada que tan bien ha pintado D'Amicis.

Fuentemora, sin soltar la mano de su amigo del alma, le guió hacia un diván, en donde ambos tomaron asiento.

—¿Te has casado?

—No; ¿y tú?

—Tampoco.

Se miraban con asombro y arrobamiento, como si vieran surgir el pasado, azuleante y diáfano con todas sus gratas melancolías.

—Vamos á ver—dijo Fuentemora—. ¿Qué vienes á hacer á Madrid?

—He sido nombrado Juez de instrucción—respondió Joaquín con satisfacción mal disimulada—y he tomado ayer posesión de mi cargo: Juez de instrucción del Oeste, de tu propio distrito. Ya ves, amigo mío, que me debes, no ya cariño, sino respeto. Viviré en Madrid con mi madre anciana, y pasaré á tu lado cuantos momentos me deje libre el ejercicio de mi nuevo empleo.

—Sea enhorabuena—exclamó Fuentemora—. Siempre auguré que Joaquín Arizábal haría una carrera brillante. Por mi parte, no he logrado sino asegurar una fortuna modesta. Me retiré del comercio hará próximamente dos años, y te confieso que siento á menudo, con la nostalgia del trabajo, la pesadumbre de la ociosidad. Mis nervios son refractarios á la quietud pasiva y sedentaria.

—¿Y vives solo?—interrogó complacido el nuevo Juez.

—No—respondió su amigo—. Vivo con la fami-

lia de mi hermano, de Federico, á quien conociste en Zamora. Es doctor y catedrático de Farmacia, y asiste en estos momentos, por cuenta del Gobierno, á las sesiones que celebra en Bruselas el Congreso de Higiene. El resto de la familia la componen: Adela, su mujer, señora digna y meritísima, y su vástago Julio, á quien quiero más como á hijo que como á sobrino. Es un joven de los más altos merecimientos, al cual he costeado la carrera militar, con resultados en extremo brillantes. Ha regresado de la Academia de Caballería hará una quincena, y acaba de ser destinado á un regimiento como oficial. En la actualidad disfruta de una corta licencia, que acabará al incorporarse.

—Muy bien. Por todo ello te felicito—le interrumpió cariñosamente el magistrado—. Y ¿quién es un anciano de porte venerable que me ha introducido hasta aquí?

—Es mi padre—contestó con sincero respeto Fuentemora. Te ha abierto la puerta, porque hace ocho días, y merced á no sé qué intriga de escaleras abajo, se nos despidieron los criados, sin que hayamos podido reemplazarlos hasta la fecha.

—¿No era tu padre también militar?—preguntó Arizábal.

—Sí tal—le contestó el excomerciante—. Fué teniente coronel; pero en la campaña de Filipinas fué prisionero de los tagalos y sufrió una tremenda mutilación: aquellos bárbaros le cortaron la lengua.

—¡Qué horror!

—Estuvo gravísimo. Por fin, rescatado y restablecido, pudo volver á España, en donde se le recompensó con el ascenso para el retiro y la gran cruz de San Fernando.

—Desde luego supuse—interrumpió Arizábal—

que el pobre señor era mudo; aunque se hace entender á las mil maravillas.

—Es hombre inteligente—dijo Fuentemora—, al cual, como hijo suyo entrañable que soy, sólo encuentro un defecto: el de ser en extremo aficionado á la caza, hasta degenerar su afición en monomanía. Todos los trofeos y armas que ves aquí, son de su propiedad. Es poseedor de una ó dos acciones de monte y apenas si hay día festivo en que no salga con sus amigos á turbar la calma geórgica de las perdices y los lebratos. Yo respeto esa debilidad que es, después de todo, explicable en quien carece de otro solaz menos peligroso.

—¿De suerte—siguió preguntando el visitante, mientras acariciaba sus cabellos canos y acicalados—, que tu hermano está ausente?

—Sí—se apresuró á contestar Fuentemora—, pero será por pocos días. Por el momento, conocerás á mi cuñada y á mi sobrino. Julio es todo un perfecto caballero, y merece mi más completa confianza. Cuando salgo de casa, á él suelo dejar encomendados llaves y documentos. El heredará mi fortuna algún día, si consigo sacarla á flote de ciertos inesperados contratiempos.

—A ver: explícame eso—dijo el amigo, con el interés de quien juzga tener derecho á conocer los menores detalles de lo adverso y lo próspero, en precio á una fraternal amistad.

—Verás—siguió el solterón impenitente—. Cuando terminé mi tráfico y traspasé mi agencia de transportes y consignaciones, me encontré poseedor de un extenso dominio en Andalucía, tasado en algo más de treinta mil duros, el cual me produce de renta más de un ocho por ciento libre.

—¡Diantre! ¡Es un bonito dominio!

—Y además—siguió locuaz el excomerciante—,

con otros veinte mil duros de los cuales no podía disponer á la sazón por haberlos ingresado en una Sociedad de Altos Hornos.

—Veo con alegría—dijo el amigo—que has asegurado tu bienestar.

—En cambio—siguió Fuentemora—tenía contra mí un crédito de veinticinco mil pesetas. Para solventarle, y no disponiendo en el acto de fondos, tomé sobre el dominio andaluz esa cantidad.

—¿En qué condiciones?

—Vendiéndolo á pacto de retro.

—¡Mal hecho!—dijo frunciendo el entrecejo el jurisperito—. Esos negocios son peligrosos. Acuérdate de la obra de Ayala.

—No hallé otra manera de procurarme los cinco mil duros—continuó el negociante—. Hoy mismo, mi posición es desahogada, y sin embargo, no puedo disponer del capital invertido en la Sociedad de Altos Hornos sin sufrir una terrible pérdida. Pero estoy, por fortuna, tranquilo; pues aunque el plazo para retrotraer expira dentro de quince días, he conseguido proveerme de la suma precisa y cuidaré muy bien de llevarla con oportunidad á casa del notario.

—Todo ello me complace—exclamó abrazándole efusivamente Arizabal—. Ahora sólo deseo ser presentado á tu familia; yo solo conocí en Zamora á tu madre y á Federico. Tu hermano era un carácter violentísimo, que contrastaba con el de tu pobre madre, siempre resignado y humilde. Aun me parece que la estoy viendo y que os dice como de costumbre: «Hijos míos: si no fuera por la bondad y por el amor, la violencia destruiría en un sólo día lo que costó al Hacedor animar en siete.»

—¿La recuerdas de veras?—preguntó Fuentemora con satisfacción candorosa é ingenua.

—¡Ya lo creo! Era alta, distinguida; una de esas señoras que parecen destinadas á fundar estirpes de Gracos, y que cuando las sustenta un sillón de roble, parece que le nacen escudos, porque su figura semeja requerir como fondo pabellones de armíño.

—¡Gracias, amigo mío, gracias!—exclamó el selvático comerciante con las lágrimas en los ojos—. En correspondencia á tu noble afecto, voy á enseñarte su retrato.

Alzóse del diván aquel luchador, cuyos nervios, siempre en tensión, le impedían permanecer largo rato callado ó inmóvil, sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura de un cajón de su mesa.

El nuevo Juez levantóse también y se puso á examinar las panoplias y las armas de fuego con la atención que en ello pudiera poner un ajustador belga.

Durante diez minutos oyó á Fuentemora revolver dinero y papeles. El ajetreo llegó á ser ruidoso y tenaz. Por fin, una exclamación de su amigo le hizo volver con rapidez el torso.

—¡Me han robado!—gimió el excomerciante, cuyo semblante se había demudado de un modo terrible.

—¿Qué dices?—prorrumpió sorprendido el Juez.

—Que me han quitado parte del dinero destinado á recuperar la finca malvendida—contestó en el colmo de la agitación Fuentemora.

—¡Bah!—le dijo su amigo para tranquilizarle—. Busca bien. Tal vez habrás dejado en otro lugar el dinero.

—¡No, no; estoy seguro!—replicó el comerciante con los ojos ya fuera de las órbitas—. ¡Este cajón ha sido abierto, y alguien, que no imagino quién pueda ser, me ha robado villanamente diez mil pesetas.

## III

—Vamos á ver—dijo el forastero, procurando en vano sosegar el ánimo de su amigo—. En estos casos no conviene proceder de ligero. ¿Estás seguro de haber dejado en el cajón esa cantidad?

—¿Cómo si estoy seguro? ¡Segurísimo!—contestó agitado y nervioso Fuentemora—. Aquí estaba con otras quince mil pesetas más, que permanecen intactas.

—¿Has contado bien? ¿Has buscado por todas partes? ¿No habrás trasladado esa suma á otro sitio?

—Tengo el convencimiento de que las veinticinco mil pesetas estaban aquí anteayer en cinco paquetes, de los cuales me faltan dos.

—¿Dices que anteayer? ¿Habías despedido ya á tus criados?

—Seis días antes.

—¿Y quién ha entrado después en esta habitación?

—Nadie absolutamente, á no ser mi padre y mi sobrino.

—Permíteme que mire la cerradura—dijo Arizábal, acercándose á la mesa escritorio.

No había en ésta la menor señal de violencia. El cajón de valores mostraba su cerradura inglesa en perfecto estado. Ni un arañazo, ni una rozadura indicaba la menor torpeza en quien había cometido el delito.

Arizábal sacó del bolsillo un diminuto cortaplapmas, introdujo la más delgada de sus hojas en el

agujero de la cerradura y escarbó cuidadosamente. Su amigo le miró con asombro.

El Juez se incorporó al cabo de medio minuto.

—¿Tú fumas?—preguntó al comerciante.

—No—le contestó Fuentemora.

—Lo digo porque hay en la cerradura polvo de tabaco, y ese polvo no puede haber sido depositado en ella sino por una llave que haya sido guardada en el bolsillo de un fumador. ¿Qué fumadores hay en tu casa?

—Mi padre y mi sobrino.

—Por última vez—dijo el funcionario—, ¿estás seguro absolutamente de haber sido robado?

—¡Segurísimo!—contestó Fuentemora.

—¿Te hallas resuelto á averiguar quién es el autor del delito?

—Sucedá lo que quiera.

—Piensa despacio en las consecuencias de tu arrebato y en los conflictos de familia que pueden sobrevenir.

—Estoy decidido—rugió el comerciante—á romper para siempre con quien ha abusado de mi confianza y á hacerle objeto de un castigo ejemplar.

Arizábal le miró fijamente. Los dientes del neurasténico se entrechocaban; sus labios temblaban de iracundia.

—¿Aunque fuera la mujer de tu hermano la culpable?—preguntó el amigo.

Fuentemora quedó perplejo; pero se repuso inmediatamente.

—¡Aunque lo fuera!—respondió frenético.

—¿Aun cuando fuera tu padre mismo?

—¡Aunque tuviera que humillar á mi padre!—rugió Fuentemora en el paroxismo del furor.

—Está bien—dijo el magistrado—. Llama á tu familia, que voy á interrogarla.

## IV

Salió desolado el comerciante de la habitación. Arizábal quedó pensativo. Lo que ocurría era ciertamente muy extraño. ¿Qué clase de gente componía la familia de Fuentemora? Por otra parte, la impetuosidad de su amigo, la facilidad con que en toda ocasión se abandonó al abatimiento ó la cólera, sus transiciones bruscas de la alegría extrema á la desesperación más absurda, le habían hecho temer más de una vez por su perfecto equilibrio mental. ¿No había evolucionado el desequilibrio durante su ausencia hasta el punto de convertirse en una afección cerebral aguda? Todo podía sospecharse.

Oyóse rumor de cuchicheos, de conversaciones truncadas. A los cinco minutos volvió á aparecer en el dintel Fuentemora. Tras él entraron en la habitación una mujer de porte distinguido, un joven oficial vestido de uniforme y el anciano, á quien ya conocía Arizábal.

Adela Martí de Fuentemora, es decir, la mujer del profesor ausente, era una dama de extraordinaria y sorprendente belleza. Alta, pálida, cubría su cuerpo, verdaderamente estatuario, con una bata de seda oscura, que, flotando ampliamente en sus hombros, venía á ajustarse á su garganta y á sus muñecas, contrastando con su inmaculada y tersa nitidez. A pesar de frisar en la cuarentena, ni un hilo de plata asomaba entre las ondulaciones

de su espléndida cabellera blonda, y sus ojos, rasgados y enormes, conservaban el fulgor de la plenitud de la vida. Saludó con un mohín de cabeza á Arizábal, y, seria y digna, esperó á que el hermano de su marido explicase el motivo de su visita.

Nada más semejante á Adela que el apuesto teniente de húsares que la acompañó hasta el diván. Alto como ella, rubio y de perfil admirable, mostraba en sus ademanes, no estudiados, igual distinción y dignidad. Tendría escasamente veintidós años; pero en su mirada brillaba radiante la más varonil y serena energía. Como su madre, parecía llevar en la frente un destello de alta nobleza, y en sus exquisitas maneras un sello cuyo emblema pudiera traducirse así: pundonor.

Por lo que al anciano respecta, es imposible imaginar figura más austera y simpática. Su aspecto venerable y reposado contrastaba con el exterior, harto rudo y selvático, de su hijo Felipe. En aquellos momentos, la agitación mal disimulada del comerciante hacia este contraste más asombroso.

Aquellas tres personas parecían nacidas para mandar, no ya con palabras, sino con gestos imperiosos y ademanes aristocráticos. Se adivinaba, en cambio, que Felipe estaba formado para ser juguete de los demás y de sí mismo. No parecía su acusador; antes bien, tenía el aspecto de un administrador venal y negligente, conturbado al tener que dar cuenta de su desdichada gestión á sus amos.

—Este señor—dijo señalando á Arizábal—es un antiguo amigo, un hermano por el afecto, y os ruego que le consideréis como tal.

Una triple inclinación de cabeza fué el comentario mudo de estas palabras.

—Y para daros una prueba de la alta estimación que me merece, he querido que presencié una explicación que deseo tener con vosotros sobre un asunto de familia.

—¿De familia?—dijo Adela con estupor—. No te entiendo.

—Además—siguió Fuentemora—, le autoriza en este caso á presenciario su cualidad de Juez de instrucción.

—Ese título muy respetable—interrumpió con dignidad Julio—no aumenta, sin embargo, la estimación que ya le debemos por ser amigo de usted y por sus cualidades, sin duda excelentes.

—Señores—dijo Arizábal algo turbado—, estoy aquí para presenciar un incidente bien desagradable y penoso, por requerimientos, mejor diré, por imposición de mi amigo. Pero ruego á ustedes que no vean en mí al funcionario, sino á una persona animada de los más conciliadores propósitos, y entre ellos el de evitar toda precipitación en Felipe, cuyo carácter arrebatado conozco.

La estupefacción se retrataba á cada palabra en los semblantes de Adela y de Julio; en cuanto al anciano, no pestañeó. Seguía impassible, apoltronado en un sillón, acariciando su barba nivea como si todo cuanto allí se decía no le afectase en lo más mínimo.

—Está bien—pronunció la señora—. Ahora te ruego—sigue dirigiéndose á Felipe, cada vez más perplejo—que me aclares este enigma, que me parece bastante confuso.

—Voy á complacerte—dijo Fuentemora, impaciente por entrar en materia—. Ya sabéis que des de hace ocho días estamos solos en la casa. Pues bien; en esos días me han sido robadas del cajón de esta mesa diez mil pesetas.

Adela y su hijo irguiéronse en pie. El anciano permaneció imperturbable y quieto, mirando al techo como distraído. Sin embargo, su palidez habitual pareció acentuarse sobremanera.

—¿Qué dices?—preguntó la señora como escandalizada de la osada imprudencia de su cuñado.

—Digo que me han robado diez mil pesetas, y que el autor de ese desaguisado no puede ser sino uno de vosotros.

Estas palabras, pronunciadas con balbuciente cólera, produjeron el efecto de un explosivo. Adela se encaminó á la puerta, seria, despreciativa. Su hijo la detuvo cortés y suavemente.

—Quédate aquí, mamá; te lo ruego. Sin duda el tío se halla ofuscado y esto le impide encontrar esa cantidad. Pero es bien lamentable que para lanzar sobre nosotros esa acusación imprudente, haya requerido la presencia de extraños.

—Repito á ustedes—le interrumpió Arizábal—que estoy aquí á instancia de Felipe y para tranquilizar en lo posible su espíritu. ¿Quiéren ustedes, para evitar exaltaciones intempestivas, ser amables y contestarme á algunas preguntas que voy á tomarme la libertad de dirigirles?

Quedó unos instantes Adela indecisa. Por fin, blanca como el armiño, sentóse en el diván, invitando á Julio á hacer lo propio, y dijo al magistrado:

—Pregunte usted lo que guste, señor mío.

El anciano no se movía. Su hijo, en cambio, recorría la estancia á grandes pasos, con la hostil inquietud de una fiera enjaulada.

—Ante todo—dijo con la mayor dulzura Arizábal—, ¿ese cajón tiene más de una llave?

—Sí, señor—se apresuró Julio á contestar—. Yo tengo otra en mi poder.

Sacó, en efecto, una llave pequeña del bolsillo de su guerrera y la entregó con cierto desdén al importuno.

Este la tomó; la examinó cuidadosamente, y, por último, dió con ella dos ligeros golpes sobre el tablero de la mesa. Del ojo de la llave se desprendió un polvillo obscuro que Arizábal se apresuró á reconocer. No cabía la menor duda: era tabaco.

—¿Ha dejado usted esa llave en algún sitio?—interrogó el amigo oficioso, mientras Adela mal disimulaba un nervioso gesto de impaciencia.

—No, señor—respondió el oficial—. Aunque para nada me sirve, sino es para corresponder á la confianza y afecto de mi tío, la llevo constantemente sobre mí.

—Sin embargo, yo afirmo—dijo reposadamente el nuevo juez, que el autor de la sustracción se ha valido indudablemente de esta llave.

—¡Usted se equivoca!—saltó el joven húsar poniéndose en pie con ademán irreflexivamente agresivo.

El viejo hizo entonces un ademán que queria decir á su nieto: *¡Calma!*

Fuente mora, ya más dueño de sí y haciendo un esfuerzo para contenerse, intervino.

—Yo os ruego á todos—dijo—que tengáis juicio y serenidad. Es preciso que comprendáis que mi situación es difícil. Dentro de quince días tengo que hacer un pago para retrotraer el dominio de Campo Real. La pérdida de esta cantidad me impide hacerlo en absoluto; de modo que perderé cerca de treinta mil duros si la cantidad no parece. No puedo disponer del caudal invertido en la Sociedad de Altos Hornos, cuyas acciones todavía no han sido emitidas en regla, ni menos pueden cotizarse. Ni mi hermano, ni mi padre ni vosotros,

poseéis bienes de fortuna. De modo que aquí es de la ruina de todos nosotros de lo que se trata. Vamos á ver—dijo dirigiéndose á Julio—: sé franco, hijo mío. Sabes que te quiero como tu propio padre. Dime la verdad y veamos si es tiempo de remediar el mal en lo posible. Eres joven; nada tendría de particular que hubieras cometido una tontería. Ayúdame á aminorar el daño y desde luego te perdono.

El oficial, pálido como un muerto, se puso en pie de nuevo, y con ademán firme y resuelto, pronunció estas palabras:

—Ni el cariño, ni el parentesco, ni la edad, le dan á usted derecho para injuriarme. Lamento como usted la desaparición de esa suma; pero no estoy dispuesto á contestar ni una palabra más á sus cargos injustos.

—Pues yo estoy seguro—rugió ya fuera de sí Felipe—de que uno de vosotros ha cogido el dinero. ¿Insistís todos en negarlo?

Ninguno de los tres contestó. Adela estaba livida; Julio mostraba en su rostro orgullo y fiereza; la barba del anciano temblaba.

—Está bien; podéis retiraros—dijo Felipe, cuya orden se apresuraron todos á cumplimentar en silencio—. Y tú, magistrado—añadió encarándose con Joaquín—: ten por formulada la denuncia. Puedes comenzar á instruir diligencias.